

En estas reuniones de la Muette y de Rambouillet, se preparó para el duque de Penthièvre, hijo del duque de Tolosa, y siendo niño todavía, la supervivencia de la dignidad de grande almirante y demás gobiernos de su padre. Allí fué también donde se preparó la desgracia de Mr. de Chauvelin, guarda-sellos y ministro de Estado. Finalmente, allí fué donde se reconoció y se desarrolló desde los primeros síntomas, aquella tendencia hácia el placer que las negativas conyugales de la reina hicieron al fin nacer en el corazón del rey.

La que con mas impaciencia habia seguido estos progresos, era Mdlle. de Charolais; habia ya dos ó tres años que sus ojos no abandonaban al jóven príncipe, á quien le habian atribuido sucesivamente, pero sin ninguna certidumbre y sobre las probabilidades solamente, la condesa de Tolosa, Mdlle. de Clermont, Mad. de Nesle, Mad. de Rohan y Mad. la duquesa.

A pesar de estas buenas fortunas de que se hacia circular el rumor, era el rey de una timidez que la emprendedora princesa resolvió vencer. Hizo un día unos versos que escribió de su puño sin procurar desfigurar su letra, y se los introdujo con disimulo en la faltriquera á Luis XV.

Estos versos, en que se admiraba de la indiferencia del rey para con las damas, y en que se le excitaba á que se dejase amaestrar por ellas, porque el imperio del amor era superior al de los príncipes, no eran buenos, pero tenian la ventaja de decir claramente lo que querian decir, y la crónica pretende que Mdlle. de Charolais no perdió el tiempo que invirtió en componerlos.

Pero Mdlle. de Charolais era una querida demasiado ligera para retener por mucho tiempo á Luis XV; y bien pronto se echó de ver, que si ella habia distraído

al rey de sus amores conyugales, solo fué momentáneamente.

María Leczinska, en efecto, poseia siempre el corazón de su marido, y tenia un poder absoluto en todo lo que no incumbia á Mr. de Fleury. Toda influencia en contraste con la de Mr. de Fleury era perdida, aun la misma influencia real. Era intratable, sobre todo, el avaro ministro en las cuestiones de dinero. La reina, buena y benéfica, gastaba el poco dinero que tenia en obras de caridad. En Compiègne, dejó una vez todo cuanto dinero poseia en dinero y alhajas, á los comerciantes y á la escuela de artillería; cuando regresó á París se vió obligada á buscar dinero prestado para poder jugar.

Mad. de Luynes, testigo de este embarazo, procuró en vano decidir á María Leczinska á pedir un suplemento de pensión; se negó obstinadamente á ello, respondiendo que estaba segura de que no sacaria del primer ministro mas que una humillante negativa. Entonces Mad. de Luynes resolvió de tentar el negocio por sí misma, y por propia inspiracion se fué á ver al cardenal, á quien manifestó la posicion de la reina. El cardenal se contentó con responder, que él arreglaria el negocio con el general Orri.

Efectivamente el cardenal se ocupó en el primer trabajo que tuvo con el regulador general del estado de las rentas de la reina, y le mandó que entregase á S. M. cien luisas por una vez. El general prevenido por Mad. de Luynes, le manifestó que esta cantidad era demasiado módica, representando respetuosamente al primer ministro, que cien luisas era lo que él, siendo simple particular, daria á su hijo si se hallase como la reina, en apuro por sus limosnas. ¡Pues bien! añadió cincuenta luisas, dijo Mr. de Frejus. Orri insistió todavía diciendo, que ciento cincuenta luisas no serian



suficientes y que él no se atrevería jamás á presentar á la reina una cantidad tan mezquina.

Para libertarse Mr. de Fleury de aquella especie de apremio, aumentó aun la cantidad con veinte y cinco luises mas; en fin, de veinte y cinco en veinte y cinco luises le sacó el director general hasta doce mil francos.

Habiendo conseguido esta determinacion, fué Orri á buscar á la reina, y se la participó preguntándola si seria suficiente. María contestó que quedaba muy satisfecha, y todo quedó concluido, excepto que el obispo encontró el medio de diferir la entrega de los doce mil francos mas de tres meses, y la reina no pudo pagar sus deudas y habilitarse para el juego, hasta que se la pagó su asignacion acostumbrada.

Desgraciadamente, la reina, que tenia aun un apoyo en su marido, vino ella misma á perderlo por su falta y gratuitamente.

Sea cansancio de sus frecuentes partos, sea tedio hácia su esposo, afectó María Leczinska una tibieza que ofendió á Luis XV y le alejó de su mujer, que habria podido hacer de él, si hubiese querido, lo que la reina de España hacia de Felipe V.

Así, pues, nada traspiraba todavía sobre los amores secretos de Luis XV, cuando el 24 de enero de 1732, el rey, en una de sus peti-cenas en que habia bebido mas que de costumbre, levantó el brazo y habiendo echado un brindis á la querida desconocida, rompió su copa, invitó á los convidados á que hiciesen otro tanto que él y á adivinar el nombre de esta desconocida.

Entonces cada cual nombró á la dama que se le vino á las mientes. Los convidados eran veinte y cuatro incluso el rey, siete se pronunciaron por la señora duquesa, siete por Mdle. de Beaujolais, y nueve por

Mad. Lauraguais, nieta de Lassay, y nuera del duque de Villars-Branca, que habia un mes que estaba en la corte.

Desde este dia se desvanecieron todas las dudas, se supo que el rey tenia una querida, solo que no se supo quién era.

Esta ignorancia atormentó á los cortesanos y particularmente al cardenal; una querida era acaso un amo; cada cual quería entrar por algo en los futuros amores del rey.

El duque de Richelieu, que habia vuelto de Viena mas en favor que nunca y que habia vuelto á tomar en la corte puesto en primera línea, produjo la mujer del presidente Portail; era esta una bella persona de veinte y tres á veinte y cuatro años, maliciosa, coqueta y ligera hasta tocar en locura.

Los ayudas de cámara fueron los encargados de los pormenores de la primera entrevista. El rey pasó una noche con ella, pero pasada esta noche se espantó del carácter de esta nueva querida, y no queriendo volver á verla mas, aunque le dió cita para la noche siguiente, encargó á uno de sus compañeros de mesa llamado Lugeac que fuese á ocupar su lugar. No se lo hizo este repetir dos veces, ocupó el lugar del rey, engañó á un tiempo á Richelieu y á Mad. Portail y se retiró antes que fuese de dia muy satisfecho de la agradable comision que el rey le habia dado al encargarle que hiciera sus veces.

Al dia siguiente recibió Mad. de Portail orden concediéndole dos mil escudos de pension. La orden iba firmada por el primer ministro.

Habiendo recibido esta orden, comprendió la presidenta que nada tenía que esperar del rey, y como ella era de un carácter muy ligero, resolvió aprovecharse



de la moda en que la habia puesto la visita del rey. Empezó, pues, á formar intrigas amorosas con todos los señores de aquel tiempo. Vivía en la plaza Real, que era como es sabido el barrio de la alta clase, cada casa tenia á lo menos su señor, jóven, lindo, elegante, con entrada en la corte, fuese apuesta ó realidad, Mad. de Portail empezó sus peregrinaciones por la derecha, siguió siempre adelante y concluyó por la izquierda.

Dió la vuelta á la plaza sin olvidar ni una sola casa.

Como Mad. de Portail habia sido presentada por Mr. de Richelieu, todos estaban sorprendidos de la influencia reunida de una favorita y de un favorito; cada cual, para cerrar la corte á la bella presidenta, se dió prisa á hacer pública su aventura con ella. Todas estas aventuras reunidas causaron un rumor tan grande, que Mr. de Maurepas, enemigo particular de Mr. de Richelieu y que aborrecia á todas las mujeres que podia suponer relacionadas con el duque, sorprendió una orden para encerrar á Mad. de Portail, con la sola diferencia de que el rey indicó un convento, en lugar de una prision.

La orden fué ejecutada por el mismo Mr. de Maurepas.

Pero este era un segundo aviso al primer ministro para que tomase sus precauciones. Se celebró un consejo entre el ex-preceptor, la duquesa y los tres ayudas de cámara Bontemps, Lebel y Bachelier; los votos unánimes recayeron en Mad. de Mailly.

Diremos dos palabras sobre la casa de Nesle emparentada con la de Mailly.

Era esta una noble y antigua casa conocida en Europa desde el siglo XI por la persona de Anselmo Mailly, tutor del conde de Flandes, gobernador de sus estados

y muerto en el sitio de Lila; su blason habia figurado entre los mas nombrados en tiempo de las cruzadas, y las numerosas ramas de la familia que ocupaban el primer puesto en el Estado, llevaban con altivez y fiereza sus armas con los tres martillos y su soberbia divisa: HOGNE QUI VOUNRA.

El marqués Luis III de Nesle, primogénito de la raza, se habia casado en 1709 con Mdle. de Laporte-Mazarin, cuya galantería se habia hecho proverbial. María Leczinska, de quien era dama de honor, conocia todas estas galanterías, pero jamás le hizo el menor reproche sobre ellas; tan solamente cuando sabia ó creia saber que Mad. de Nesle tenia alguna cita, la detenía haciéndole leer ó la *Imitacion de Jesucristo* ó la *Biblia*.

Esta era la expiacion del pecado que habia tenido ganas de cometer.

Esta Mad. de Nesle era la que se decia tres ó cuatro años antes de la época á que hemos llegado, que fué pasajeramente la querida del rey.

Murió en 1729 dejando cinco hijas, todas las cuales llamaron la atencion al rey.

La primera, Luisa Julia, se casó con su primo Luis Alejandro de Mailly.

De esta es de la que ahora se trata.

La segunda, Paulina Felicidad, se casó con Félix de Vintimille.

La tercera, Diana Adelaida, se casó con Luis de Brancas, duque de Lauraguais.

La cuarta, Hortensia Felicidad, se casó con el marqués de Flaracourt.

En fin, la quinta, María Ana, se casó con el marqués de la Tournelle.

Esta fué la famosa Mad. de Chateauroux.

Era, pues, la mayor de las hijas de Nesle, la que



Mr. de Fleury tuvo por conveniente que el rey amase; pero ya lo hemos dicho, Luis XV era muy honesto, muy religioso, y aun muy sometido á las *preocupaciones* de familia, y no era hombre para ayudar á su preceptor en esta grande empresa. — Se hizo de modo que Mad. de Mailly se encontrase muchas veces con el rey, pero como el rey habló solamente con los ojos, se determinó que los dos ayudas de cámara Bachelier y Lebel harian seguir la intriga.

Este Bachelier, que ha hecho un papel en esta época en que la historia no es mas que una crónica amorosa, era hijo de un herrador que habia dejado su país y su banco para seguir á Mr. de la Rochefoucauld, que le nombró primeramente su ayuda de cámara y que despues consiguió para él el título de criado del guardaropa.

Entonces se hizo ennoblecer por el rey, y murió dejando un hijo, que habiendo comprado el empleo de Blouin, fué uno de los cuatro ayudas de cámara de Luis XV y acabó á su vez por morir siendo gobernador del Louvre, despues de haber casado á su hija con el marqués de Colbert.

En cuanto á Lebel, cuyo hijo fué despues empleado en el servicio particular del rey, era nieto de un conserje del gran comun, llamado Dominique; su padre habia sido conserje del palacio de Versalles, y fué uno de los cuatro ayudas de cámara.

En cuanto á Mad. de Mailly, la persona encargada de negociar este asunto era Mad. de Tencin, nuestra antigua conocida, Mad. de Tencin que, á pesar de sus amores casi públicos con su hermano, á pesar de sus estrepitosas galanterías, habia conservado relaciones directas con Mr. de Frejus, cerca del cual desempeñaba los dos cargos que desempeñaba en otro tiempo cerca

del cardenal Dubois, de cuya política estaba encargada.

Mientras que Mad. de Tencin preparaba á Mad. de Mailly, los dos ayudas de cámara sondeaban el rey.

El rey encontraba á Mad. de Mailly encantadora, mas siempre era á la reina á quien iba á parar; el resultado de la conversacion fué que envió á Bachelier á prevenir á la reina, que iria á pasar la noche con ella.

La reina respondió que lo sentía en el alma, pero que no podia recibir á S. M.

Esto era precisamente lo que deseaban los dos tentadores.

Pero Luis XV no se dió por vencido. Envió al ayuda de cámara segunda y aun tercera vez, y siempre volvió con la misma respuesta.

Irritado entonces Luis XV, juró que no habria en adelante contacto entre él y la reina, y *que jamás le pediría el débito*.

Esta expresion pinta maravillosamente el aspecto bajo el cual María Leczinska correspondia á las insinuaciones amorosas de su esposo.

En este momento entró Mr. de Richelieu, que iba enviado por los amigos de Mad. de Mailly, y sin duda habia sido prevenido por algun mensaje secreto de uno de los dos ayudas de cámara sobre la oportunidad de la ocasion.

Él puso al rey en el caso de hablar de la reina, y Luis XV que estaba ocupado de lo que acababa de suceder, se lo contó al duque, quien preguntó al rey si creía que se pudiese vivir con un vacío semejante en el corazon, y si en verdad no habia hecho todo cuanto es posible humanamente hacer por permanecer fiel á su mujer; el rey suspiró, y el duque pronunció el nombre de Mad. de Mailly.

Este nombre despertó un recuerdo agradable en la



memoria y en el corazón del rey. Luis XV confesó que era una mujer encantadora, y que sería una preciosa querida; de aquí resultó que quedase aplazaba una entrevista.

Pero gracias á la profunda timidez del rey, fué infructuosa esta primera entrevista, cuyo único resultado fueron algunas palabras que apenas revelaban alguna galantería.

Mad. de Mailly salió furiosa, ella se creía el juguete ó la víctima de alguna intriga; le parecía imposible que un hombre jóven, hermoso, á quien venia á ofrecerse, que por consiguiente no tenia mas que alargar la mano y tomar, fuese tímido hasta tal extremo: tanta timidez se parecía al desprecio.

El rey estaba por su parte avergonzado y descontento de sí mismo. En realidad era una mala vergüenza la que le habia retenido, y se prometia que si la ocasión volvía á presentarse no caería en la misma falta.

Esta promesa que el rey se habia hecho á sí mismo, fué referida á Mad. de Mailly, que se decidió á tentar fortuna en una segunda entrevista. Solo que esta vez fué el obispo de Frejus, que teniendo un conocimiento mas perfecto del corazón de su discípulo, le preparó á la lucha con sus consejos y persuasión.

Mad. de Mailly decidida á aventurar el todo por el todo, salió de casa de Mr. de Frejus para dirigirse al cuarto del rey.

Pero á la vista de la bella tentadora, se apoderó de Luis XV la misma timidez que anteriormente: felizmente para Mad. de Mailly, ella habia protestado, como el rey, que no saldría del gabinete sin haber conseguido su propósito, aun cuando tuviese que hacer el papel del rey, puesto que este se habia encargado del de ella.

Mad. de Mailly se cumplió la palabra que se habia dado á sí misma, Luis XV atacado, no opuso mas que una débil resistencia, ó mas bien pasó de la defensa al ataque. La victoria era cosa fácil, pues que Mad. de Mailly nada deseaba tanto como ser vencida. Al cabo de una hora de derrotas sucesivas, salió toda descompuesta, y entrando en casa de Mr. de Fleury donde halló á Mr. de Richelieu y á Mad. de Tencin, no dijo mas que estas palabras que efectivamente no necesitaban de comentarios:

— Mirad cómo me ha puesto ese...

Pretenden algunas personas, y entre ellas Mr. de Richelieu, que fué absolutamente indispensable la intervencion del ayuda de cámara Bachelier, para que Mad. de Mailly no saliese esta segunda vez de la real cámara como habia entrado.

Por último, que Bachelier ayudase al desenlace de la empresa, ó que los honores pertenezcan exclusivamente á Mad. de Mailly, lo cierto es que Mad. de Mailly era la querida del rey, que era precisamente lo que se quería.

Efectivamente, Mad. de Mailly era la mujer que convenia á un mismo tiempo al amor del rey y á los proyectos de Mr. de Fleury.

Esta señora habia nacido en 1710, y por consiguiente era de la edad del rey. Ella tenia cierto tono de decencia, de que solamente habia podido sacarla la importancia de la situación; su voz era algun tanto áspera, pero hablando de amor se suavizaba, sus ojos eran grandes y hermosos, llenos de fuego y brillantez, era morena, tenia la cara larga, hermosa frente y mejillas un poco aplastadas.

Era para con el rey dulce, reservada, tímida, sin ambición, sin conocimiento de los negocios de Estado,



de carácter igual, amiga segura, incapaz de una falsedad, compañera recta sobremanera, enemiga de la intriga.

La experiencia justificó la opinion que se habia formado de ella; aunque querida del rey solo le amaba por él mismo, y porque era el mas amable y mas hermoso de su corte y aun de su reino; contenta con amarle secretamente, nunca trató de hacer uso de su favor; jamás en todo el tiempo que duró este favor pidió una sola gracia para sí ni para sus parientes, sin recibir del rey mas que algunos regalos de corta entidad, y que un simple particular no se habria atrevido á ofrecer á su querida. Contrayendo deudas para su toaleta, que siempre fué muy esmerada, pagando ella misma los gastos secretos de las diversiones en que el rey tomaba parte; tan poco exigente, en fin, en el adorno de su casa, que en 1741, nueve años despues de sus relaciones con el rey, no tenia ni candeleros ni tantos de plata para recibir á su real amante cuando iba á jugar con ella, y en estos casos se veia obligada á buscarlos prestados entre sus amigos.

— Dos personas hicieron mucho ruido de esta intriga. Mr. de Mailly y Mr. de Nesle, el padre y el marido.

Al marido se le mandó que cortase toda relacion con su mujer. El padre, que estaba muy atrasado, calló mediante quinientas mil libras.

Esto era comprar á bien bajo precio el honor de la casa de Nesle.

Algun tiempo antes de los acontecimientos que acabamos de referir, esto es, el 21 de enero de 1732, se firmaba en Versalles el contrato matrimonial entre Mdlle. de Chartres y el príncipe de Conti, los cuales fueron desposados el dia siguiente por el cardenal de Rohan.

Este príncipe de Conti era hijo del famoso príncipe de Conti de quien hemos hablado, y que, muerto en 1727, habia dejado por sucesor de sus títulos, de sus bienes y de su nombre, al conde de la Marche.

Algunos dias despues, la madre del príncipe de Conti, María Teresa de Borbon-Condé, que disputaba periódicamente con su hijo, y continuaba levantando su palacio durante el curso de estas disputas, murió á su vez, de edad de setenta años.

No quedaban ya del nombre de Conti mas que los dos feudatarios, el príncipe de Conti que acababa de casarse, y un tio de este, gran prior, hombre de talento, y del cual hemos citado un chiste bastante satírico con motivo de la muerte de Duchaufour.

Era además un príncipe valiente, amable, excesivamente vivo, celoso de su dignidad y pródigo, hasta degenerar en locura. Un dia fué á decirle su escudero que se habia acabado el forraje en sus caballerizas. Furioso con motivo de semejante descuido, llamó á su intendente, el cual se excusó diciendo que el tesoro no habia querido dar dinero. Mandó entonces el príncipe comparecer al tesorero, que se excusó diciendo que no habia dinero en caja, y que el proveedor se negaba á dar mas forraje sin dinero.

El caso era grave, y por lo tanto el príncipe se puso á reflexionar por la primera vez de su vida; y despues de haber reflexionado, preguntó:

— ¿Quién nos fia todavía?

— Nadie, á no ser el pastelero.

— Pues bien, dijo el príncipe, haced que se les den pollas á mis caballos.

El 2 de junio fué bautizado el jóven duque de Chartres y se le pusieron los nombres de Luis Felipe por sus padrinos, que fueron el rey y la reina.



Este príncipe, que se casó con Mad. de Montesson, fué el padre de Felipe Egalité y abuelo del rey de los Franceses Luis Felipe.

Se tendrá presente, que avanzando en el órden cronológico, hemos contado en el capítulo precedente, que se mandó cerrar el cementerio de San Medardo, y las turbulencias que habian causado los milagros del diácono Páris.

El año de 1732 fué en efecto muy agitado por las disensiones religiosas. Al diácono Páris, ó mas bien á san Páris que era jansenista, habian opuesto los jesuitas otros dos beatos, un santo y una santa, que habian hecho casi tanto ruido como él: san Luis Gonzaga y santa María Alacoque.

San Luis Gonzaga era uno de estos santos que deben tener boga en el mundo. Verdadero santo de mujeres y de jesuitas, jóven, encantador, paje de la corte del rey Felipe II, habia visitado la de los grandes duques de Toscana, habia gozado de todos los placeres del mundo, y pronto la sociedad ocupó su corazon.

Entonces se hizo amigo de san Francisco de Sales, pasó á meditar la verdad, y á ocuparse en la oracion, el tiempo que los demás jóvenes de su edad invertian en amoríos, en dar serenatas, y en correr aventuras. San Ignacio era para él un santo ejemplo. De una gran familia, como aquel, jóven y bello caballero, tambien como él, no habia empezado por romper lanzas por los ojos negros que brillaban debajo de las mantillas de Valladolid y de Madrid. Hizo como san Ignacio: un dia renunció á sus vestidos de oro y seda, renunció á las corridas de toros de Sevilla y de Burgos, y fué á Roma para pasar su noviciado. Allí un papa, grande hombre, le echó la bendicion y Dios le santificó dándole el mas bello martirio, el de la humanidad.

Este papa era Sixto Quinto; el martirio fué el contagio que diezmo á Roma. Gonzaga entró en los hospitales, se consagró al servicio de los pobres enfermos, y murió en 1591, á los 23 años de edad.

Beatificado por Gregorio, acababa de ser canonizado por Benedicto XIII.

San Luis Gonzaga tuvo entonces en todas las iglesias de los jesuitas una capilla donde se podria venerar su cara de arcángel, al resplandor de mil cirios.

Es necesario convenir en que santa María Alacoque se prestaba menos á la poesia que san Luis Gonzaga. Así es que fué el blanco de los epigramas y dichos satíricos.

Por de contado la buena mujer, santificada bajo el nombre de María, se llamaba en realidad Margarita.

Nació el 22 de junio de 1647, en Lautecourt, diócesis de Autun, y murió en 16 de octubre de 1690.

Siendo de edad de tres años, dice su historiador, indicaba ya la mayor aversion al pecado.

Su vida no fué mas que un continuado coloquio con Dios, una perpetua comunicacion de amor con Jesucristo. Dió á luz una obra mística, intitulada: *La devocion del corazon de Jesus*, la cual fué origen de la fiesta del Sagrado Corazon.

Mr. Languet, obispo de Soissons, la canonizó; y por lo tanto sobre él cayeron los epigramas y sátiras primeras.

Hé aquí algunos de los epigramas que corrieron por las calles en aquel tiempo.

Por parecerse á Fenelon,  
Ha tomado Languet una Guyon  
Que sin escrúpulo canoniza.  
Languet, te molestas sin fin,  
Porque harás morir de risa  
Sin ser ayo del delfin.



Otro.

Monseñor de Soissons nos provoca  
á la risa :  
Con su María Alacoca  
él preconiza.

A pesar de estos epigramas y de otros muchos, santa María Alacocoque estuvo muy de moda. San Luis Gonzaga fué la expresion del amor á la humanidad, santa María Alacocoque fué la expresion del amor á Dios.

En este momento dió la casualidad á los jansenistas una arma terrible sontra los jesuitas.

No se habrá olvidado aquel singular proceso del padre Girard y de Lacadiere, proceso semejante á aquellas oscuras acusaciones que perseguian á los brujos y á los sacrilegos de la edad media.

Era el padre Girard un hombre de cincuenta y dos años, bastante bien conservado para su edad, lleno de elocuencia, de unción y de aquella predicacion sensual propia de la escuela jesuítica.

Su familia gozaba de consideracion en el Franco-Condado: despues de haber recorrido la Provenza, fué enviado á Aix, en 1718, y diez años despues á Tolon.

En esta ciudad fué donde conoció á Catalina Lacadiere.

Tenia esta jóven diez y ocho años, y era bella como un ángel, viva y exaltada como una provenzal. Santa Teresa habia sido su modelo: cuando los honores tributados á María Alacocoque contribuyeron á perturbar su cerebro, quiso ella tener tambien entonces sus éxtasis, conversaciones con Dios y comunicaciones con Jesus.

Tan luego como ella quiso absolutamente tener visiones, las tuvo y las comunicó al padre Girard, su confesor. Era esta la época en que cada predicador queria tener su santa, y el padre Girard creyó que habia en-

contrado la suya. Prestó crédito y aparentó prestarlo á sus visiones, y la excitó por este medio á nuevas locuras. Ella pasó toda la cuaresma del año de 1730 sin comer, á lo menos ostensiblemente, y al fin de la cuaresma estaba tan débil que no podia salir de su cama. En este estado de endebles, las visiones fueron mas frecuentes, y mas íntimos los éxtasis. En fin, una mañana la encontró el padre Girard en su cama con la cara llena de sangre. Espantado al verla así, preguntó el director á su penitente, quien le dijo que aquella sangre procedia de una llaga que, durante el sueño, le habia hecho un ángel en el costado. El padre Girard dudó; mas la jóven, con la expresion de una profunda inocencia, le invitó á que cerrase la puerta, y que como santo Tomás viese por sus ojos y tocase con sus manos.

El pobre jesuita se creyó fuerte contra la tentacion: cerró la puerta y miró.

¿Qué pasó en aquella entrevista y qué éxtasis fueron la consecuencia? Este era un particular cuyo exámen se encargó al parlamento de Aix.

Acusábase al padre Girard de seduccion, de incesto espiritual, de magia y de brujería.

La sentencia expedida por el tribunal en 10 de octubre de 1731 absolvió al padre Girard de la causa, pero por la mayoría de un voto solamente; de veinte y cinco jueces que eran, doce le habian condenado á ser quemado vivo.

Semejante absolucion equivalia á una media condena; así es que lloyieron los epigramas, y aunque á la verdad valian poco, manifestaban el espíritu de aquel tiempo.

Todas estas querellas de los jansenistas y de los molinistas, en que se ponía por delante la inviolabilidad del



Otro.

Monseñor de Soissons nos provoca  
á la risa :  
Con su María Alacoque  
él preconiza.

A pesar de estos epigramas y de otros muchos , santa María Alacoque estuvo muy de moda. San Luis Gonzaga fué la expresion del amor á la humanidad , santa María Alacoque fué la expresion del amor á Dios.

En este momento dió la casualidad á los jansenistas una arma terrible sontra los jesuitas.

No se habrá olvidado aquel singular proceso del padre Girard y de Lacadiere , proceso semejante á aquellas oscuras acusaciones que perseguian á los brujos y á los sacrílegos de la edad media.

Era el padre Girard un hombre de cincuenta y dos años , bastante bien conservado para su edad , lleno de elocuencia , de unción y de aquella predicacion sensual propia de la escuela jesuítica.

Su familia gozaba de consideracion en el Franco-Condado : despues de haber recorrido la Provenza , fué enviado á Aix , en 1718 , y diez años despues á Tolon.

En esta ciudad fué donde conoció á Catalina Lacadiere.

Tenia esta jóven diez y ocho años , y era bella como un ángel , viva y exaltada como una provenzal. Santa Teresa habia sido su modelo : cuando los honores tributados á María Alacoque contribuyeron á perturbar su cerebro , quiso ella tener tambien entonces sus éxtasis , conversaciones con Dios y comunicaciones con Jesus.

Tan luego como ella quiso absolutamente tener visiones , las tuvo y las comunicó al padre Girard , su confesor. Era esta la época en que cada predicador queria tener su santa , y el padre Girard creyó que habia en-

contrado la suya. Prestó crédito y aparentó prestarlo á sus visiones , y la excitó por este medio á nuevas locuras. Ella pasó toda la cuaresma del año de 1730 sin comer , á lo menos ostensiblemente , y al fin de la cuaresma estaba tan débil que no podia salir de su cama. En este estado de endebles , las visiones fueron mas frecuentes , y mas íntimos los éxtasis. En fin , una mañana la encontró el padre Girard en su cama con la cara llena de sangre. Espantado al verla así , preguntó el director á su penitente , quien le dijo que aquella sangre procedia de una llaga que , durante el sueño , le habia hecho un ángel en el costado. El padre Girard dudó ; mas la jóven , con la expresion de una profunda inocencia , le invitó á que cerrase la puerta , y que como santo Tomás viese por sus ojos y tocase con sus manos.

El pobre jesuita se creyó fuerte contra la tentacion : cerró la puerta y miró.

¿ Qué pasó en aquella entrevista y qué éxtasis fueron la consecuencia ? Este era un particular cuyo exámen se encargó al parlamento de Aix.

Acusábase al padre Girard de seduccion , de incesto espiritual , de magia y de brujería.

La sentencia expedida por el tribunal en 10 de octubre de 1734 absolvió al padre Girard de la causa , pero por la mayoría de un voto solamente ; de veinte y cinco jueces que eran , doce le habian condenado á ser quemado vivo.

Semejante absolucion equivalia á una media condena ; así es que lloyeron los epigramas , y aunque á la verdad valian poco , manifestaban el espíritu de aquel tiempo.

Todas estas querellas de los jansenistas y de los molinistas , en que se ponía por delante la inviolabilidad del